6857

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

MARTINGALAS

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

MARTINGALAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

MARTINGALAS

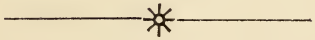
JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Madrid el día 3 de abril de 1920



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1920

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/martingalasjugue00muno

A Pepe Muñoz Seca.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PALMIRA	Srta.	González.
CONCHITA	Sra.	Sánchez Imaz.
CÉSAR	Sr.	Simó-Raso.
LUIS		Ramirez.
PEPE		Rivelles.
ALFONSO		Perales.
TOBÍAS		Cobeña (B.)
EL DOCTOR GOYANTES		Marchante.
RAMÓN		Cañizares.

ACTO PRIMERO

Elegante, confortable y coquetón saloncito del cuarto de soltero de César Malvedo, aristócrata riquísimo y abúlico como una piedra, que, según reza la copla, «donde la ponen se está». Retratos de bellezas femeninas ornan las paredes. Un mirador y un balcón que dan a la calle, aparecen cerrados. Cerradas también una puerta que hay a la derecha y dos puertas que hay a la izquierda. Sobre todos los huecos, están corridos valiosos tapices. Todas las luces del salón encendidas.

—

(Un momento la escena sola y se abre la puerta de la derecha. Sale TOBÍAS, criado de la casa, levanta un poco el tapiz de la puerta y entra CÉSAR MALVEDO, en pijama, y se deja caer pesadamente en un muelle sillón. Tobías permanece en pie, rígido, esperando órdenes. César, tararea una cancioncilla de «varietés» y cuando la ha terminado, sin grandes prisas, entre bostezo y desperézo, mira con soñolientos ojos a Tobías, como esperando su aprobación.)

TOB. Sí, señor, así es; por lo menos, una cosa parecida. Siempre se levanta er señó contento. Se ve que es felí.

CÉSAR ¡Pschs! ¡Para cien años que va uno a vivir!... ¿Qué hora es?

TOB. Las siete.

CÉSAR ¿De la mañana o de la tarde?

TOB. De la tarde.

CÉSAR Lo mismo da. (Se despereza.) Continúa.

TOB. Las siete de la tarde de hoy, cinco de Mayo, veinte grados al sol, catorce a la sombra, viento sudeste, crisis totá, siguen las obras del arcantarillao en la esquina, er sielo está

672038

sin nubes, anoche vino er señó a las dos de la mañana, ha tenido un sueño tranquilo y er baño está preparado.

CÉSAR Bien. ¿Qué me toca hacer hoy?

TOB. Tiene usted que visitar a la señorita Clotilde... Es lunes.

CÉSAR ¿Tengo tiempo?

TOB. Yo creo que sí.

CÉSAR ¿Qué más?

TOB. Hoy cena el señor en casa de los Condes de Mulviezo, a las diez.

CÉSAR ¿Y son las seis? ¡No tengo tiempo!

TOB. Debe asistir a esa función de beneficio en la Princesa; conque esté allí a las doce y media, como acaba a la una...

CÉSAR Las seis; a las diez a cenar, a las doce y media al teatro. ¡Hombre, no me agobies! ¡No tengo tiempo! ¡Esta agitación de vida!... ¿Ha venido alguien?

TOB. La señorita Carlota...

CÉSAR ¡Bonita!

TOB. Merceditas la guapa...

CÉSAR ¡Guapa!

TOB. Doña Leonor...

CÉSAR ¡Estupenda crepuscular!

TOB. Lilí Gutiérrez...

CÉSAR ¡Linda tobillera! ¿Y qué les has dicho?

TOB. Buenas palabras. Que el señor no las olvida... que hará por verlas... que los negocios, los... las... les... ¿Eh?

CÉSAR ¡Oh!

TOB. Todas han dejado cartitas... ¿Quiere el señor leerlas?

CÉSAR ¡Bah!... Pon sobre cada uno de los sobres «como se pide con cargo a mi cuenta corriente» y dáselas a mi administrador. Para cien años que va uno a vivir...

TOB. Está bien. (Inicia el mutis.)

CÉSAR De manera que... sí... eso... oye: Que me preparen un tente en pie. Poca cosa: unos huevos claritos... unas lonjitas de jamón... una perdicita escurridita... un aloncito de pollo frito... un trocito de ternerita con salsita... un par de salmonetitos a la planchita... y... hombre, sí, que vayan por un poquito de cabecita de jabalí... ¿eh? y de paso que se traigan unos kilitos de polvorones.

TOB. Está bien.

CÉSAR Estoy que me muero de sueño; me amodorraré un poquito mientras me avisas. Acércame ese plé. Apaga.

TOB. Sí, señor. (Obedece Tobías.)

CÉSAR (Por la luz de encima de la mesa.) Todas menos esa. Adiós. Que no se precipiten.

TOB. No, señor.

CÉSAR No quiero precipitaciones.

TOB. Está bien.

CÉSAR Y si se precipitan, lo mismo da.

TOB. Sí, señor.

CÉSAR Lo que quieras.

TOB. Sí, señor.

CESAR (Enterrándose materialmente en el sillón y tapándose hasta las orejas.) ¡Para cien años que va uno a vivir!...

TOB. Estoy con usted.

CÉSAR Pues vete, que quiero estar solo.

TOB. Sí, señor. (Trastea un poco por el cuarto y César ronca.) Ya está dormido otra vez. Para esto del descanso es una fiera. (Se va por la izquierda, segunda puerta.)

(Entran por la izquierda, primera puerta, PEPITO VÈRTIGOS y LUIS ACOSTA DE EZA, los dos visten elegantísimamente; como luego se verá, son amigos íntimos del dueño de la casa.)

PEPE Pues nada, chico, que anoche en la Peña, quedamos citados para hoy aquí, y vengo a despertarle. (Pretendiendo dar una palmada.) A ver...

LUIS (Impidiéndoselo.) ¡Chits!

PEPE ¿Qué pasa?

LUIS Me alegro de haber coincidido aquí contigo, porque así me ayudarás a cumplir el enojoso encargo que me trae.

PEPE ¿Qué es ello?

LUIS ¡Friolera! Vengo a preparar el terreno para darle a César un disgusto: sí, vengo a comunicarle la noticia del suicidio de Conchita Cárdenas.

PEPE (Saltando en seco.) ¡Atiza!

LUIS Como lo oyes.

PEPE ¡Pero, chico! (Impetuoso.) ¡A ver! ¿Dónde está ese hombre? ¡Eh! ¡Pronto! ¡Ya!

LUIS Calma, calma, Pepe Vértigos.

PEPE Hombre, no. ¿Qué calma ni qué joroba?

LUIS (Sujetándole como puede.) ¡Quieto! Con esa impetuosidad tuya, no se va a ninguna parte.

¡Qué bien hizo el que te puso Pepito Vértigos!

PEPE ¡Déjame en paz, hombre!

LUIS ¿Pero no comprendes que si se le da la noticia así de sopetón va a ser terrible?

PEPE ¡Quiá! ¡Pues buena «guasa» gasta el socio! Este no se altera por nada. ¡Para cien años que va a vivir!...

LUIS Es que se trata de Conchita Cárdenas, de su amiga predilecta.

PEPE Le da lo mismo, ya verás... (Queriendo salir y es otra vez detenido por Luis.) Oye: ¿lo sabe ya Alfonso Caborana? A ese sí que le habrá causado impresión.

LUIS ¡Mucha! ¡Pobre Alfonso!

PEPE Estaba enamorado de ella como un burro. Claro que por lo platónico, por lo romántico, suspiro va, suspiro viene, paseíto por la calle... ¡Ah! ¡Para mi genio! Cuántas veces le he dicho: ¡Vamos, hombre! ¿Pero qué más da? ¿Que es amiga de nuestro amigo? ¡Bah! Hay que saltar por todo Hay que tener coraje, decisión, valentía, ímpetu. ¿Te gusta? ¡Ea; pues ya! ¡Duro!

LUIS Pero, Pepe...

PEPE A mí, mujer que me gusta, mujer que abordo. ¡Pero, cómo, inmediatamente!

LUIS ¡Las bofetadas que te han dado!

PEPE ¡Y las que me tienen que dar! En cambio Alfonso... ¡Pobre hombre! ¿Pero sabe lo del suicidio?

LUIS ¿Pero no te he dicho que sí? Lo sabe él y lo sabe Ramón Quintilla. Estoy esperándoles. El pobre Alfonso está hecho un trapo. Anoche recabó para sí el derecho de comunicar la triste nueva al pobre César. Quiere rendir ese tributo a la muerta. Quiere abrazar a su amigo, declararle, ya que no existe la adorada mujer, que él también la amaba y la respetó siempre en aras de la amistad. ¡Quiere llorar con él! (Emocionado.) ¡Es un poeta! Como comprenderás yo no le digo nada hasta que vengan tanto él como Quintilla.

PEPE ¿Y tardarán mucho?

LUIS No sé, porque llevan ustedes una vidita. Tú te acabarás de levantar, y los otros y éste, estarán todavía roncando, como si lo viera. ¡A las siete de la tarde! Así estáis los cuatro:

¡Pajizos! En cambio yo, mírame: ¡Fuerte, colorado, animoso, saludable!... Me he levantado con el sol. ¡Con el sol! ¡El gran microbicida! ¡Viva la higiene! (Ronca César.) ¿Eh? (Acercándose y descubriéndole.) ¿Pero no ves qué suicida? Seguramente llegó anoche a las tantas y no se ha acordado de meterse en el lecho. ¡Y a este pedazo de carne fofa y sin glóbulos rojos le llaman un hombre mundano! ¡Es incorregible! ¡Abúlico, excéptico. anémico, histérico, neurótico!... ¡Bah! ¡Sol! ¡Mucho sol! ¡Viva el sol! ¡Abre las puertas! ¡Descorre los tapices! ¡Aire, ventilación, guerra al microbio!...

(Descorren tapices, abren puertas y balcones, la escena se llena de luz.)

CÉSAR (Protestando.) ¡Caray! ¡Socorro! Oye tú, que me hielo.. ¡Atchís! ¡Cierra!

LUIS ¡Viva la higiene!

CÉSAR (Conformándose.) Bueno, pues, ¡viva la higiene! Después de todo, ¡para cien años que va uno a vivir!..

LUIS ¿Que vas a vivir tú cien años? A ti te queda de vida tres meses a lo sumo. ¿Dónde estuviste anoche?

CÉSAR Hombre... pues donde me llevaban los amigos y las amigas

LUIS ¡Las amigas! ¡Desgraciado! ¡Estás despilfarrando la salud! ¡El tesoro de la vida! Si leyeras terapeútica...

CÉSAR ¡Arrea!

PEPE Pero, chico, estás hecho un doctor.

CÉSAR A éste, desde que le operaron la apendicitis y estuvo en el Sanatorio del doctor Goyantes dos meses, le ha dado por la higiene y no hay quien lo aguante. Lava el pan con agua boricada antes de comérselo.

LUIS No exageres. Es cierto que el doctor Goyantes me ha hecho aficionado a la medicina. Es cierto que soy su más rendido admirador; es cierto que soy el pregonero de sus éxitos; porque, chico, ese hombre, ¡mi maestro!...

CÉSAR Vamos, calla.

LUIS ¡Mi maestro!

PEPE Pero si tú no eres médico.

LUIS No importa, pero yo le llamo ¡mi maestro! ¡Hace unas curas! Unas operaciones... Su sanatorio dejará memoria.

CÉSAR (Acción de soltar dinero.) ¿Marcha, eh, marcha el sanatorio?... (A Pepe.) Este es el socio capitalista y claro...

LUIS ¡Blasfemo! El Sanatorio marcha porque está a su frente ¡mi maestro!

CÉSAR ¡Y dale!

LUIS ¡Gloria al doctor Goyantes!

PEPE (Sentándose sobre una mesita.) He oído que últimamente ha hecho curas prodigiosas. Ingertos, inyecciones...

LUIS ¡La última palabra, querido! Le sigue los pasos al célebre doctor Boronof. Va con el progreso. ¡Viva la ciencia! Me exalto, chico, cuando hablo de esto, me exalto. ¡Oh! Coger un ser infeliz, demacrado, casi cadáver, una ruina humana, inyectarle nueva sabia de un cuerpo sano o de un cuerpo muerto, porque los inyectos de substancias cerebrales... sobre todo para los epilépticos... ¡Tú no entiendes de esto!

CÉSAR Ni tú tampoco.

LUIS Ni yo. Bueno, ¿pero qué? ¡Le admiro como le admira el mundo entero!

CÉSAR Y yo, sobre todo.

LUIS Tú haces muy mal en tomar a chacota sus prodigiosas curas, César.

CÉSAR ¿Eh? ¿Pero crees que yo?...

LUIS Sí, te mofas de él, te ríes de él, y te advierto que él lo sabe y ten cuidado porque te tiene unas ganas...

CÉSAR Hombre...

LUIS No hay enemigo pequeño, y un médico no es enemigo pequeño nunca.

CÉSAR (Sentándose sobre otra mesa.) Vaya, cuéntanos cosas de él. (A Pepe.) Verás qué tío más gracioso.

PEPE Yo creo que, vamos, mejor que hablar de Goyantes, debíamos hablar de otra cosa: de las desgracias de la vida, pongo por caso. De las tragedias que de repente ennegrecen el horizonte y cubren de nubes nuestro cielo.

CÉSAR Que te frían un impermeable. ¡Nos ha fastidiao! (A Luis.) Anda, tú, cuenta algún milagro de los que hace el Doctor.

LUIS Tú te pitorreas, pero lo que ha hecho el jueves con un mudo es un milagro, un verdadero milagro.

CÉSAR Lo ha enseñado a cantar por señas, ¿no?

LUIS Lo ha hecho hablar.

PEPE ¡Caramba!

LUIS Falleció en el hospital un extranjero que poseía cuatro idiomas; le sacó al cadáver jugo del Centro de Brocas...

CÉSAR ¡Hombre! ¡Brocas!... Le conozco.

LUIS ¡Que hablo en serio, César!

CÉSAR Yo te digo en serio que conozco a Brocas.

LUIS El Centro de Brocas, es la localización de la palabra; aquí, al pie de la tercera circunvolución frontal.

CÉSAR ¡Ah!

LUIS Pues bien, inyectó al mudo el aludido jugo y, ¡chicos! ¡Me dan escalofríos! ¡El mudo ha roto a hablar de una forma que mete miedo!

PEPE ¿Pero claramente?

LUIS Eso no. Habla en los cuatro idiomas del difunto; y los emplea mezclándolos, y como los cuatro idiomas en cuestión eran el rumano, el ruteno, el croato y el eslavonio, pues es un laberinto que no hay intérprete que valga. Pero habla.

CÉSAR ¿Y oye?

LUIS No: oir, no oye.

PEPE Mejor para él Se ahorrará una de disgustos... porque... (Hace señas a Luis.) a veces, cuando más tranquilo se está, llega hasta uno la noticia de una de esas tragedias que nos oprimen el corazón y nublan nuestro cielo...

CÉSAR (Tirándole una caja de cigarros, que es lo que tiene más a mano.) ¡Que te calles, murciélago! ¡Caray, cómo vienes esta tarde!

PEPE (¡Infeliz!)

(RAMON QUINTILLA, por la izquierda, primera puerta. Es un hombre de unos cuarenta años, muy elegante también.)

RAM. ¡Señores!

CÉSAR ¡Hola, Ramonete!

RAM. ¿No ha venido aún Alfonso Caborana?

LUIS No, y... hasta ahora...

PEPE (Aparte, a Ramón) No hay manera de prepararle.

RAM. ¡Querido César!... (Le abraza un poco triste.)

CÉSAR (Aparte, a Ramón.) Ayúdame, que me estoy metiendo con el doctor Goyantes para que-

marle la sangre a Luis. Escucha, Luis, a quien creo que ha dejado muy bien Goyantes es a Castellote, el gruppier del Casino.

LUIS ¡Ah!

PEPE ¿Castellote?

CÉSAR Sí, hombre, ese que llevaba antes unas gafas con unos cristales del grueso de diez duros en pila. ¡Chico! Ha debido hacer con él algo prodigioso. Ayer me lo encontré sin gafas, mirando a la luna y diciendo: «¡Sí, sí, hay habitantes!» ¡Estupendo!

LUIS ¿Pero es que te mofas?

CÉSAR ¿Yo? Por cierto que ví que cojeaba al andar.

PEPE (A LUIS.) Escucha, tú, ¿y qué operación le ha hecho a Castellote?

LUIS ¡Una pochez! Le hizo en el nervio óptico un injerto de retinol.

CÉSAR ¡Arrea, que vas por hilo!

LUIS Substancia de retina.

CÉSAR Sí, de algún lince.

LUIS No tenía linces a mano, pero tenía gallinas.

CÉSAR ¡Ah!

LUIS Ya sabéis que las gallinas tienen una vista privilegiada. Ven un grano de trigo a distancias inverosímiles. Encargó a su ayudante que de las gallinas destinadas al consumo del sanatorio, fuera separando los ojos; hizo con los ojos no sé qué preparación...

CÉSAR ¡Qué habilidad!

LUIS Se la inyectó a Castellote y *¡voilá!*

CÉSAR ¡Caramba! Pues ya sé por qué cojea Castellote.

LUIS ¿Eh?

CÉSAR Sin duda entre las gallinas habría algún gallo, y el ojo de gallo es el que le está molestando. (RÍEN.)

LUIS ¡Parece mentira, César!

CÉSAR No, si Goyantes hace curas prodigiosas con los injertos. Ya habréis oído hablar de esa tiple del Victoria, que haciendo escalas se le rompió una cuerda. Pues, nada, le injertó una cuerda bucal de un músico de la orquesta, el que tocaba la flauta, y ahí la tenéis haciendo gorgoritos. Es la única tiple que llega al sol sin sofocarse.

LUIS Hombre, no sabía nada..

PEPE ¿Pero el músico era cantante?

CÉSAR No, pero era de Santa Cruz de Tenerife; por eso Goyantes se fijó en él, porque pensó: canario y flauta, este es mi hombre. (Risas.)

LUIS (Muy serio.) Te advierto que Goyantes te va a dar un disgusto gordo el día menos pensado.

CÉSAR Pero, hombre, si es un tipo de comedia, un hombre sin imaginación.

LUIS ¿Sin imaginación el que acaba de inventar la vajilla multiplicadora?

TODOS ¿Eh?

LUIS Y en estos tiempos, al precio que están las subsistencias.

PEPE Pero escucha, tú...

RAM. ¿Qué es eso, Luis?

LUIS Una vajilla para los glotones y para las familias muy numerosas. ¡La vajilla multiplicadora! Ya sabéis que antes se llena el cuajo que el ojo, pues para evitar hartazgos de estómago en unos casos, y para que en otros la gente se haga la ilusión de que come, ha hecho unos platos con espejos contrapuestos, maravillosos. Figúrate: un trocito de carne como una almendra se reproduce en los espejos quinientas veces, y, chico, se ven los platos con colmo. (Risas.) Casi todas las fondas de las estaciones han pedido ya una vajilla.

PEPE En fin, mucho nos reímos y no me gusta. Siempre que se ríe uno mucho, acaba llorando.

RAM. Es verdad. La vida es así: una carcajada una lágrima...

CÉSAR ¡Caray, qué lúgubres!

PEPE Debe uno estar siempre dispuesto a recibir un golpe.

CÉSAR Eso lo dices tú por experiencia, porque mira que te han dado bofetadas en este mundo.

PEPE Las mujeres, ¿eh?

CÉSAR Las mujeres, ¿pero dejarán de ser bofetadas?

RAM. (Suspirando tristemente.) ¡Las mujeres!

PEPE (Idem.) ¡Las mujeres!

LUIS (Idem.) ¡Qué misterio es la vida!

CÉSAR ¿Lo dices por lo que a mí me pasa con ellas? Porque te advierto que todo el mundo me hace la misma pregunta. Vamos a ver, César, ¿por qué razón tienes esa aureola de Tenorio que tanto seduce a las mujeres?

LUIS Y es verdad, César; es verdad; porque tú eres un hombre feo, prosaico, sin juventud, sin salud y sin higiene: eres la casa del pueblo de los microbios, y, sin embargo, te rifan. ¿Qué las das, porras?

CÉSAR Dinero, mucho dinero Es mi martingala. en cuanto me suspira una hermosa, suspiro yo también y me llevo la mano al corazón, que es donde llevo la cartera, y la inundo en pápiros Por eso me quieren.

LUIS Ese método, para ciertas mujeres, te dará resultado, pero nunca tropezarás con la santa mujer, compañera del hombre, fundadora del bendito hogar.

CÉSAR Hombre, tan soltero estás tú como nosotros, ¿eh? Y nosotros no tenemos familia como tú, que tienes hermanos y sobrinas y maldito el caso que haces de ellas. Bien es verdad que tengo entendido...

LUIS ¡Qué!...

CÉSAR No, nada.

LUIS (Enérgico.) ¡Acaba lo que ibas a decir!

CÉSAR ¿Eh?

LUIS Porque ibas a decir lo que dijiste la otra tarde en pleno Casino.

CÉSAR ¿Yo? No recuerdo...

LUIS Sí: dijiste que Palmira Villadangos, mi sobrina, era tonta.

CÉSAR Pero si yo no la conozco.

LUIS ¡¡Dijiste que era tonta!!

CÉSAR ¿Y no lo es?

LUIS ¿Eh?

CÉSAR Porque ya que te pones así...

LUIS ¡César!

CÉSAR Yo dije que era tonta, y vuelvo a repetirte que no la conozco, porque Alfonso y Ramón me dijeron que la habías tenido seis años en un sanatorio de Suiza.

LUIS Para curarla de la anemia cerebral.

CÉSAR Y que ahora, al regresar a España, la habías metido en el Sanatorio de Goyantes.

LUIS Para que mi maestro la observe y vea si puede curarle la anemia cerebral que padece.

CÉSAR ¿Pues no dices tú que está bastante gruesa?

LUIS Sí.

CÉSAR ¿Y tiene anemia cerebral?

LUIS Sí.

CÉSAR Que es tonta, hombre. Tu cariño de tío no lo ve claro, pero es tonta.

LUIS Estoy en tu casa y no quiero contestarte como te mereces.

CÉSAR No te enfades, hombre; para cien años que va uno a vivir... Anda, Pepe, abre una botella de vino y vamos a tomar una copa. Imítame Luis: yo no me disgusto por nada.

PEPE (Abriendo la botella.) Pues hoy te vas a disgustar.

TOB. (Por la izquierda, segunda puerta.) ¡Señor!

CÉSAR ¿Qué hay?

TOB. ¿Prefiere el señor ponerse el traje gris, el marrón, el café, o...?

CÉSAR Cualquiera. El gris.

ALF. (Entrando por la primera puerta de la izquierda. Muy tétrico.) ¡No te pongas el traje gris!

CÉSAR Bueno, pues ya lo sabes. El marrón.

ALF. Tampoco el marrón, César.

CÉSAR El que quieras, Alfonso: el café.

ALF. Tampoco el café.

PEPE ¡Márchese, Tobías! ¡Rápido, veloz!

TOB. ¿Pero?...

CÉSAR Bueno, márchate. (Vase Tobías.)

ALF. (Cada vez más tétrico.) Señores, muy buenas tardes.

LUIS (Abrazándole.) ¡Alfonso!... (Pepe y Ramón le abrazan también, tristemente.)

CÉSAR ¿Qué le ocurre al ciprés?

PEPE ¡No puedo más!... ¡Que viene a hablarte de Conchita Cárdenas!

CÉSAR Hombre, si tanto te gusta, quítamela.

PEPE No se trata de eso. (A Alfonso.) O se lo cuentas tú, o se lo cuento yo.

CÉSAR ¡Bah! Alguna diablura de Conchita, ¿no? Anoche no la vi... ¡Pschts! Perdono desde luego la travesura. ¿Cuánto hay que dar?

LUIS Deja hablar a Alfonso, César. ¡Es una historia trágica.

CÉSAR Bien: que diserte. Le escucho. (Casi se tiende en el sillón.)

ALF. (Muy declamado.) Eran las doce de la noche. Yo, que sabía que Conchita Cárdenas iba a ir al Ideal, paseaba por Rosales esperando el momento de verla aparecer espléndida y arrogante, envuelta en su capa de piel blanca, ágil y leve como una paloma. La noche en calma, era todo poesía; el silencio, rey y

señor; de cuando en cuando profanábalo el eco lejano de la bocina de un automóvil; de vez en vez, una voz perdida llamaba al sereno: ¡Reverianol... Luego, ¡nada! el vago susurrar del viento entre el ramaje, la rápida puñalada de una estrella fugaz que hiere el firmamento y se precipita en el abismo sin fin... De pronto, dos ojos fulgurantes relucen en la obscuridad, un foco me envuelve y me deslumbra; es un auto que llega veloz...

LUIS (Sin poderse contener.) ¡Rápido, veloz, sí, sigue! ¡Hum!

ALF. ¡Ella! Ella que es una detonante explosión de luz y de alegría, que ciega, que confunde, que anonada... Cuando vuelvo en mí, ¡nada! Ella ha entrado, el auto ha desaparecido, y yo como un autómata, ebrio, hipnotizado, sigo la perfumada estela de (Casi llorando.) la mujer radiante que esclaviza mi pensamiento, que tortura mi corazón, de la mujer vedada a mis deseos, porque es la preferida de mi camarada, de mi amigo del alma, de mi hermano...

CÉSAR No sigas, que me amodorro.

ALF. ¡Eres de portland!

CÉSAR ¡Para cien años que va uno a vivir!...

ALF. (A Luis.) Sigue tú.

PEPE Pero en prosa, ¿eh? ¡Rápido, veloz!

LUIS Pues nada, chico, que llegó y se puso a jugar, como de costumbre. No daba una. Ficha que ponía, ficha que la raqueta apandaba.

ALF. ¡¡Afortunada en amores!!...

LUIS Diez mil, doce mil, quince mil... no sé cuánto perdía cuando desapareció de la sala. Al poco, un griterío ensordecedor llegó hasta nosotros. Inquirimos. Conchita Cárdenas se había arrojado desde la terraza y yacía tendida sobre el asfalto.

ALF. ¡Muerta!

LUIS ¡Muerta!

CÉSAR (Incorporándose, bostezando.) ¡Caray, hombre, no molestes!

PEPE (Dando un suspiro.) ¡¡Gracias a Dios!!

ALF. ¡Exánime!

CÉSAR ¡Qué bruta!

LUIS La hice conducir a mi sanatorio. ¡Inútil!

ALF. Había fallecido.

CÉSAR ¿Pero del todo?

ALF. Y, ¡oh, contraste! Cuando en el sanatorio tu maestro, el doctor Goyantes, rasgaba febril gasas, sedas y encajes, y la rosa pálida de su cuerpo se ofreció a nuestros ojos inerte, martilleaba en nuestros oídos la lejana voz del gruppier, monorrítmica, como un eco funerario: ¡¡Hecho el juego, no va más!!

CÉSAR ¡Tenía que ser! ¡Era su destino!

ALF. ¡César! ¡Amigo mío! He querido ser yo el que te diera la noticia. Llorémosla juntos, porque yo también la amaba.

CÉSAR ¡Y la respetabas! ¡Lo sabía! ¡Gracias, Alfonso! ¡Se ha perdido una criatura ideal!

RAM. Realmente era un caso cumbre de inteligencia femenina.

PEPE A mí, una noche que yo.. (Acción de abrazar.) rápida y veloz me dió un bofetón... ¡pobre Conchita!

ALF. ¿Te explicas ahora lo de los trajes?

CÉSAR Tienes razón. Me pondré uno negro. ¿Os parece? ¿Se lleva mucho tiempo luto por...?

LUIS No sé .. Lo que te dure el dolor.

CÉSAR ¿Qué dolor?

ALF. ¡De portland! ¿Qué de portland! ¡De granito! ¡Y queríamos prepararte para esto!

CÉSAR (Sentándose y recostándose) Hombre, no insultes, compadéceme. ¿O es que no soy digno de compasión?

TOB. (Por la izquierda.) Señor: el tente en pie está servido.

CÉSAR (Levantándose indolente.) ¡A la mesa! (Muy triste.) ¡Vamos allá! (A Tobías.) Oye: prepárame un traje negro.

TOB. ¿Eh?

CÉSAR (Echándole a Tobías el brazo por el hombro y en tono compungido) ¡Tobías! ¿Te acuerdas? Aquella rubia... ¡Se ha matado por mí! ¡Ya es la tercera!

TOB. ¡Señorito!

CÉSAR Un traje negro, Tobías.

TOB. El señor no tiene más traje negro que el frac.

CÉSAR (Perplejo, a sus amigos.) ¿Se lleva el frac?...

LUIS Hombre, a los bailes, sí.

CÉSAR ¿Pero este mundo no es un fandango? (A Tobías.) Tráeme el frac. (Se van por la izquierda César, Alfonso, Ramón, Pepe y Luis.)

TOB. Bueno: ar señorito este lo siembran y sale una mata de habas que nubla er só. ¿Qué se va a matá ninguna gachí por este «malage»? Pero, señores: si tiene una cara que... vamos, yo no he visto cara con más complicaciones. ¡Eso no es cara: eso es la firma de un notario! ¿Qué rubia será esa? A vé si es como cuando se mató la señorita Genoveva, que ahí está en Romea bailándose con castañuelas hasta la música de los entierros; o a vé si es como cuando tomó fósforos la francesa aquella, que fué pa sacarle mil duros, que yo se los llevé en propia mano al arministradó de la gachí. ¡Valiente arministradó! Un pelotari que va, me coge los billetes y me dise: «Dígale usté de mi parte que esta madamoiselle ha muerto pa él», y, porque vine y le dije que había muerto pa él, le mandó decir misas ¡Se lo cree to! ¡Cómo le toman er pelo! (Sacando de un cajón un cigarro puro que enciende, y guardándose de paso tres duros, después de cerciorarse de que no son sevillanos.) ¡Y es que tiene a su lao una gentecita!... ¡Lo saquean de un modo!... (Se queda de una pieza, porque ve entrar, como Pedro por su casa, a PALMIRA VILLADANGOS. Palmira Villadangos es una elegantísima y espléndida rubia que tumba de guapa. Viene agitadísima. A Tobías se le corta la respiración. Ella se sienta y cruza las piernas a lo cocotesco.)

PAL. (Desenfadadamente.) A ver, tú, llama a tu amo. (Al ver la perplejidad de Tobías.) ¿Qué pasa, eh? ¡Hala!

TOB. (Comiéndosela con los ojos y sin poderse contener.) ¡Señorita de mi arma!... (Rectificando, muy en criado y doblando, sumiso, el espinazo.) El señor no recibe.

PAL. ¿Ni a mí? ¡Ja, ja, ja!.. Dile que estoy aquí yo.

TOB. (Esta pa mí, es nueva.) ¿Y usté quién es? (Tomando confianza.) Es usté la que ahora está en la cúspide, ¿eh?...

PAL. Yo soy la... ¿y a ti qué te importa? ¡Hala, hala, tira p'alante!

TOB. Debo advertí a la señorita que er señó está bajo la impresión dolorosa de una hecatombe. Parese que se le ha suicidao...

PAL. (Soltando el trapo:) ¡Ja, ja, ja!...

TOB. Señorita: que la cosa no es pa reirse!

PAL. ¡Ja, ja, ja, ja!... (Se levanta.) ¡Ja, ja, ja!...

TOB. ¡Arrea; esta debe ser la suicida! ¡Claro! Alguna broma...

PAL. (Acercándose a él, cimbreante, riendo a carcajadas y dándole un cachetito.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Pasmao!...

TOB. (Perdiendo los frenos.) ¡Carne de mis carnes!

PAL. Repórtese el esclavo.

TOB. El esclavo está como pa que le pían la rumba. ¡Pues chico alegrón se va a llevá cuando sepa que to es mentira! ¡Con lo que me figuro yo que la quería a usté er señorito!

PAL. El señorito me querrá mucho, pero ya hace cinco días que no le veo el pelo al señorito... ¡y me las paga!

TOB. Los negosios...

PAL. (Acercando sus labios al oído de Tobías.) ¡Miau!

TOB. (Escalofriándose.) ¡Ay, qué gatita!

PAL. ¡Que te la vas a ganar! (Por su mano.) Aquí tengo yo cinco dedos.

TOB. Ahí tiene usté cinco jasmines. ¡Vaya un señorito con suerte mi señorito!

PAL. Pues no creas, el cariño que le tengo está así, así: en una ramita. Si viene un airecito fuerte... ¡qué sé yo!

TOB. ¡En una ramita! Josú, ¡quién tuviera un jocino como er de la copla!

PAL. ¿Qué copla?

TOB. Oigala usté:

«Er queré que te tenía
en una rama queó;
vino un tío con un jocino
(Furioso y casi echándose encima.)
¡¡y se llevó rama y to!!

Usté perdone; pero es que tiene usté unos ojos que lo arremolinan a uno.

PAL. (Guiñándole.) ¿Sí, eh?

TOB. ¡Vivan los sovietes!

PAL. ¿Qué?

TOB. Los sovietes, señorita. Unas cosas que han inventao en Rusia pa que los pobres poamos... vamos... ¡arterná! En fin: voy por un frac que m'ha mandao, y en seguía avisaré a ese hombre. Lo dicho, señorita: se está poniendo Madrí que nos están ya jasiendo mucha farta los sovietes. (Haciendo medio mutis.) ¡Vaya una suisida, Josú!...

PAL. Oye.

TOB. (Volviéndose e inclinándose reverencioso.) Señorita...

PAL. ¡¡Vivan los sovietes!!

TOB. (Incorporándose rapidamente.) ¡Viva... mi madre! (Haciendo mutis muy flamenco.) ¡La he descuajaringao! (Vase por derecha. Palmira se quita el sombrero, se arregla un poco la dorada cabellera, se sienta, adopta una postura incitante, y mientras hace esta operación, todo de espaldas a la puerta de la izquierda, nos alegra la existencia cantando, no muy por lo bajito, un couplet. Cuando lo va terminando, aparecen por la izquierda CESAR y PEPE VERTIGOS, que vienen atraídos por la dulce voz femenina.)

PEPE ¡Chico!

CÉSAR ¡Calla!

PEPE ¿Quién es?

CÉSAR No sé.

PEPE ¿Pero no la conoces?

CÉSAR No. Aguarda.

PEPE ¿Cómo aguardar? ¡Rápido, veloz, venga, duro, ya!...

CÉSAR (Deteniendo sus ímpetus.) ¡Quieto! Señorita.....

PAL. (Levantándose y ofreciéndole un efusivo abrazo.) ¡¡César!!

CÉSAR (Sin moverse.) ¡Caray!

PAL. (Insistiendo.) ¡¡¡César!!!

PEPE (Empujando bruscamente a César y arrojándole a los brazos de Palmira.) ¡Rápido, veloz!

PAL. (Abrazando a César fuertemente y en un suspiro de amor) ¡¡¡ César!!!!

CÉSAR (Abrazándola y sintiéndose abrazado.) Señorita: ¿tiene usted la bondad de decirme a quién tengo el honor de apechugar?

PAL. Pues a mí.

CÉSAR Evidente, pero...

PAL. No; a mí no me haces tú una escena de comedia. Eso de que dos personas íntimas, a raíz de un disgustillo, se traten de «usted»; aquello de «¿Quién es usted.»—«No le conozco a usted».—«Ni yo a usted tampoco», se queda para el teatro. ¡Martingalas, no! Ea: ¡pelillos a la mar! Y sobre todo, que aquí la que está disgustada es «menda». ¡Siéntate, que tenemos que hablar! (Dándole un cachetito amistoso.) ¡Soso de mi alma! A ver, dame un cigarrillo turco, que me he venido sin ellos.

CÉSAR No tengo aquí...

PAL. No te molestes. Sé dónde están: en el segundo cajón. (Se dirige a la mesa y de espaldas a César y Pepe abre el indicado cajón y saca de allí una cajita de cigarrillos turcos, de la que extrae uno, se lo pone en los labios y se guarda tranquilamente la cajita. Mientras hace esto, César y Pepe, extrañados, entablan, aparte, el siguiente diálogo:)

CÉSAR (A Pepe.) ¿Qué es esto?

PEPE ¿Y me lo preguntas a mí? ¿No la conoces?

CÉSAR No la he visto en mi vida.

PEPE ¿Pero no te gusta? Pues a mí sí; ea: rápido, veloz, vete, déjamela. (Coge de un brazo a César y le hace dar una vuelta poniéndose él delante.)

CÉSAR (Haciendo la misma operación con su amigo.) ¡Que te crees tú eso!

PEPE Pero, hombre...

CÉSAR Nada, no la conozco, pero chico, es una cosa muy seria. Atiende: ¡y sabe dónde guardo los cigarrillos! (Loco.) ¿Pero quién es este espanto de belleza?

PEPE Algún timo.

CÉSAR ¿Tú crees? Mira: avisa a esos...

PEPE (Arreglándose el bigote como debió arreglárselo Don Juan Tenorio a la puerta de la celda de doña Inés.) No, yo no te dejo solo. Aguarda. (Se dirige impetuoso a Palmira, que no tiene a bien volverle la cara, entretenida como está en revolver el cajón.) Señorita: aunque no tenemos el exquisito gusto de conocerla, somos admiradores de su hermosura y puede disponer como quiera de esta su casa. (Lanzándose y atarazándola por la cintura.) Y sobre todo, de estos sus humildes servidores, fervientes admiradores...

PAL. (Volviéndose y largándole un sonoro bofetón.) Rápido, veloz, ¡desaparezca!

PEPE (Llevándose la mano al carrillo.) ¡¡Atiza!!

CÉSAR (A Pepe.) ¡Toma vértigos! Excuso decirte...

PEPE Sé lo que me toca hacer. (A Palmira, muy fino.) Señorita: me basta esa leve indicación para comprender que aquí estoy de más.

PAL. (Indicándole con los «pitos» que se vaya.) Pues arrea, que vas por hilo.

CÉSAR (Aparte a Pepe) Avisa a esos.

PEPE A los pies de usted. (Vase por la izquierda.)

PAL. (Encarándose de mala manera con César, tanto, que paso que ella avanza, paso que retrocede César, hasta quedar sentado—porque tropieza en él—en un sillón.)

Te parece bien, ¿eh? ¿Te parece bien lo que haces conmigo? ¿Es que es una prueba de cariño consentir que un amigote tuyo cometa la villanía de abrazarme sin pedirme permiso? ¡¡Sangre de horchata!! (Cae César en el sillón.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Dame un fósforo!

CÉSAR (Dándole una caja de ellos.) Chica, perdona, pero...

PAL. ¡Hombre: gracias a Dios que me hablas de tú!

CÉSAR Claro, como usted me habla de usted, pues yo... naturalmente... (Viéndola encender el pitillo.) (¡Bueno, tumba de bonita!)

PAL. (Con la cerilla encendida en la mano.) Apaga. (César sopla y apaga, y ella le pone en son de burla el sonrosado índice cerca de la boca, como si se lo fuera a meter.) ¡Ah!

CÉSAR (Tirándole un bocado.) ¡Ah!

PAL. (Retirándolo, rápidamente, y haciendo mofa de él, poniéndole la mano extendida en la punta de la nariz.) ¡Ah! (César, sin levantarse, pretende cogerla por el vestido y ella retrocede un poco, riendo después de darle un fuerte cachete en la mano que obliga a César a retirarla dolorido.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Las manos quietas! (Sentándose en el brazo del sillón donde está César y acariciándole la cabeza.) ¡Formalidad, eh, formalidad! ¡Feo mío!

CÉSAR (Resignándose a sufrir las caricias y mientras Palmira le soba y resoba los pelos.) (Bueno: a Pepe Vértigos querría yo ver en mi puesto. ¡Iba a dar saltos mortales! En fin: para cien años que va uno a vivir...) (A Palmira.) ¡Continúe, continúe la joven!

PAL. (Muy triste.) ¡Seis días sin verte!...

CÉSAR ¿Conque seis días? (Nada: esta señorita se ha equivocado de cuarto.)

PAL. ¡Olvidada! ¡Y a primeros de mes! ¡La modista, el casero, el coche!... ¡He tenido que empeñar la lanzadera que me compraste en Marzo!

CÉSAR (Estupefecto.) ¿Yo?

PAL. (Soltando el trapo y llorando con desconsuelo.) ¡Qué desgraciada soy!...

CÉSAR Pero vamos a ver, vamos a ver. ¡Caray, que yo me entere!

PAL. (Limpiándose las lágrimas y más fresca que una lechuga.) ¡Pero ya pasó! ¡Solo con estar a tu lado me siento contenta! Déjame que como

otras veces, te coja la nariz, te la apriete, te la estruje, te la estire. (Haciéndolo.) ¡Hiii... chato! ¡Y es que te quiero, te quiero!... (Abrazándole por la cabeza y casi ahogándole.) ¡Chiquillo, cómo te quiero! (Volviendo a llorar.) ¡Soy más tonta!...

CÉSAR (Perplejísimo.) Pero vamos por partes...

PAL. Bueno: en pago de tu delito te voy a imponer una pena. Ya sabes que me gustan a rabiar tus gemelos de teatro.

CÉSAR ¿Los de plata?

PAL. No: los de concha. ¡Te condeno a regalármelos! ¡Vengan!

CÉSAR Pero...

PAL. Chits .. ¡quieto! No quiero yo que te molestes por nada. ¡Para cien años que vas a vivir!... Yo los buscaré.

CÉSAR ¿Pero sabes dónde están?

PAL. ¡Pues claro, hijo mío!

CÉSAR (Aterrado) ¡Pero hija mía!

PAL. ¡No te muevas! (Se levanta, y saltando palmoteando, se dirige al «secretaire.»)

CÉSAR (Mientras tanto.) Bueno: no me muevo, pero...

PAL. (Por el «secretaire.») ¡Cerrado! ¡A ver, la llave! ¡Ah, no, que esto tiene un resorte secreto! ¿Dónde? ¡Ah, sí, ya me acuerdo. (Hablando y haciendo con la rapidez de un rayo.) Se saca esta tablita. (Saca un listón y lo tira.) Se quita este tarugo... (Saca un tarugo y lo tira.) Se aprieta este botón... ¡Abrete, sésamo! (Se abre de golpe el «secretaire», cayendo la tapa al suelo.) *¡Voilá!*

CÉSAR (Interrogando al cielo.) ¡Manolo! ¿Estás de chufla?

PAL. (Cogiendo los gemelos.) ¡Ya son míos! ¡Ya son míos! (Mostrándoselos.) ¡Ay, qué bonitos son! (Dando un grito y besándolos.) ¡Hiii! (Guardándoselos en su bolso tranquilamente.) ¡Muchísimas gracias! (Recorriendo la habitación y curioseándolo todo en medio de la estupefacción de César, que parece clavado en el sillón.) ¡Todo está lo mismo!

CÉSAR ¡Claro!

PAL. ¡Pues no es tan claro! Te he dicho mil veces que no me gusta que las cosas estén siempre en el mismo sitio.

CÉSAR (Loco.) ¿Tú a mí?

PAL. Y ya se acabó. (Disponiendo en general en jefe.) ¡A ver! Este sillón al otro lado, la mesa aquí, la *chaise-longue* allí, el *secretaire* donde está

la mesa y donde está el *secretaire*... ¡Ya! ¡Eso! ¡Ayúdame!

CÉSAR Pero oye, oye, oye...

PAL. Bueno: no es puñalada de pícaro. Cuando venga Tobías se lo dices y ya está. Tantos retratos tampoco hacen bien. Y sobre todo... (Cogiendo uno, mirándolo y ofendidísima.) ¡Mira que... vamos, hombre! ¡Si no lo veo no lo creo! (Lo rompe y lo tira.)

CÉSAR (Levantándose.) ¡Pero mujer, caray!

PAL. (Cogiendo otro retrato.) ¿Ves? Y el mío aquí, arrinconadito. ¡¡Quiá, hijo!!

CÉSAR Pero, oye: ¿que este es el tuyo?

PAL. (Poniéndolo en la mesa.) Aquí, presidiendo. Y ahora, ahora...

CÉSAR ¿Todavía más?

PAL. (Poniéndole las manos sobre los hombros y mirándole fijamente.) Ahora lo más importante: cinco mil pesetas que necesito... ¡vamos, pero que ya!

CÉSAR (Quitándose de sus hombros las manos de Palmira y poniendo las suyas sobre los hombros de ella, dándole, nerviosamente, un fuerte golpe y mirándola también fijamente.) ¡Oiga usted; ¡Oye, tú! ¡Que me vas a volver loco! ¡¡Yo no te he visto en mi vida!

PAL. Muy bonito. En cuanto se trata de dar dinero no conoces a nadie.

CÉSAR (Gritando como un energúmeno.) ¡¡Que no te he visto en mi vida!! Has encontrado los cigarrillos.., y no sé. Sabes el resorte del *secretaire*.. puede ser casualidad... Bueno: una prueba ¡y me pego un tiro! Si sabes dónde guardo el dinero, si encuentras las cinco mil pesetas, ¡tuyas son!

PAL. (Se quita las manos de César de sus hombros y pone las suyas sobre los hombros de él, de golpe.) ¡¡Pues te has caído!! (Se abalanza a un cuadro, lo descuelga, lo tira, coge unas llaves que están detrás de él y desaparece por la derecha riendo.) ¡Ja, ja, ja!...

CÉSAR ¿Eh? ¿Qué? ¡Las llaves! ¡Sí! ¡Ay, yo estoy muy malo! (Cae nuevamente en el sillón.)

(Entran en escena, por la izquierda, ALFONSO, LUIS, PEPE y RAMON.)

LUIS ¡Tiene gracia! ¿Pero cómo puede ser? ¡Algún timo, hombre!

PEPE Eso digo yo, pero es guapísima. ¡Señores, qué burra!

ALF. (A César.) Chico: ¿dónde está? ¿Qué te pasa?

CÉSAR No sé. ¡Pero es muy bonita!

PEPE ¿Cómo bonita? ¡Que quita la cabeza!

RAM. ¿Pero dónde está? ¿Es un timo?...

CÉSAR (Desvariando.) ¡Pero es muy bonita!

ALF. Despierta, hombre. Habla. ¿Estás tonto?

CÉSAR Sí. ¡Pero es muy bonita!

LUIS ¡Lo ha vuelto loco!

CÉSAR Es posible. ¡Pero es muy bonita!

PEPE ¡Rápido, veloz! ¿Dónde se ha metido? ¡Venga! ¡Ya!

CÉSAR (Levantándose y acogiéndose a sus amigos, con cierto miedo.) ¡Chist! ¡Ahora saldrá! ¡A mí me pasan cosas muy raras! No la he visto en mi vida. (En un frenético grito.) ¡¡¡No!!! Y sin embargo, chicos, me ha trastornado. Sabe dónde está todo. Con una precisión... ¡absoluta! ¡Y es divina!

LUIS Sí, ya nos has dicho que es bonita.

CÉSAR ¡¡Pero muy bonita!! Y chuflona... Chuflona debe ser hasta la pared de enfrente. (Cogiendo, trémulo, el retrato de encima de la mesa.) ¡Asegura que este es su retrato!

ALF. ¡La pobre muerta!

LUIS ¡Pobre Conchita!

PEPE ¡Cosa más rara!...

RAM. ¡No me gusta lo que dices, César!

CÉSAR Y sobre todo, las llaves de mi caja, que solo la difunta (A Luis.) y tú, sabíais dónde las ocultaba yo... (En un grito de angustia.) ¡¡ha dado con ellas!!

LUIS (Apretándole un brazo a César.) ¡Chico!

PEPE ¡Demonio!

ALF. ¿Pero qué dices?

RAM. Me asustas.

CÉSAR Digo que las ha encontrado y que se ha ido derecha a mi despacho y que estará cogiendo cinco mil pesetas... ¡y que ya sale! (Viéndola aparecer.) ¿Quién eres?

PAL. (Que sale por la derecha, tremolando cinco billetes de a mil pesetas, le tira la llave a los pies y ríe locamente.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Y ahora no me ves el pelo en diez días!

LUIS (En trágico, increpándola.) ¡Tú! ¡Desgraciada! ¡Suelta ese dinero! (Intenta abalanzarse sobre ella.)

PEPE
ALF.
CÉSAR
RAM. (Sujetándole.) ¿Eh?

LUIS ¿Qué haces tú aquí? ¡Ah! ¡Soltadme!

PEPE (Sujetándole fuertemente.) ¿Pero quién es?

LUIS (Como una fiera.) ¿Qué os importa?

(Palmira baja los ojos avergonzada y deja caer los billetes.)

ALF. (Sujetando también fuertemente a Luis y mirando con los ojos en blanco a Palmira.) ¡Es una rosa de Stambul!

LUIS (A Alfonso.) ¡Calla! (Queriendo zafarse.) ¡Dejadme!

CÉSAR (Interponiéndose.) ¡Luis! ¡Está en mi casa! (Dirigiéndose a Palmira.) Señorita: no tema usted. (Recoge los billetes y se los da.)

PAL. (Echándole los brazos por el cuello.) ¡César!

LUIS (Frenético.) ¡César! ¡Mal amigo! ¡Desgraciada! ¡No me vuelvas loco! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Cómo te atreves?... ¡Suéltame, Pepe!

CÉSAR (Abrazando a Palmira por la cintura.) ¡Caray con el predicador! ¿De manera que teníamos gatita encerrada? ¿Y eres tú el virtuoso? ¡Vamos, quita! ¡Así sabía esta paloma dónde estaba todo! ¡Como que tú se lo has dicho! Cálmate, Luis. Que hayamos descubierto una calaverada tuya y que tu... vamos, tu amiguita, haya cometido la travesura de venir a embromar a tu íntimo amigo, no es para ponerse así. ¡Vaya, las paces!

LUIS (Aterrado, retrocediendo y hundiéndose en el sillón.) ¡No; si no puede ser!... Esa mujer no es mi amiga.

ALF. Vaya: perdonar es noble, Luis.

PEPE ¡Caray con el microbicida!

RAM. ¡Nos ha fastidiao!

LUIS ¡Calla!

PAL. (Muy entera.) ¡Hablaré yo! (A Luis.) Es inútil que te enfurezcas. Si crees que he venido aquí por unas miserables pesetas, te engañas. (Tirando los billetes.) ¡No las quiero! ¿Lo ves? Algo más noble y más santo me ha guiado. ¡El amor a este hombre! (Vuelve a echarle los brazos al cuello.)

CÉSAR (Confundido.) ¡Azúcar!

PEPE ¡Arrea!

ALF. (Suspirando tiernamente.)

¡Amor, divino tesoro
que vale más que el oro...

LUIS (Dándole un empujón a Alfonso.) ¡Aleluyas, no! (Sordamente.) Esta mujer no es lo que creeis

vosotros. No es mi... ¡amiga! Vaya, ya lo dije. (Levantándose.) ¡César: eres un miserable!

PAL. ¡Mi César!

CÉSAR ¿Qué dices?

LUIS ¡Eres un mal nacido! Tú, mi amigo... ¡Ah, canalla!.., ¡Date por abofeteado!

CÉSAR ¿Pero qué dice ese hombre?

PAL. Diga lo que quiera yo no me apartaré más de tu lado porque te quiero.

CÉSAR (Abrazándola.) Y yo sabré defenderte. (A Luis, devolviéndole el reto.) ¡Estoy a tu disposición!

LUIS (Abrazando a Pepe y a Alfonso.) ¡Amigos míos!...

RAM.
PEPE
ALF. } Pero...

LUIS (Sordamente.) ¡¡Es mi sobrina!!

PEPE ¡La tonta!

ALF. ¡Su sobrina!

CÉSAR (Desenlazándose de Palmira.) Señorita...

LUIS (Furioso.) ¡Mi sobrina! Una señorita decente, que ese canalla... pero yo os juro.. (En este momento, la figura venerable del DOCTOR GOYANTES con sus luengas barbas blancas, aparece en la puerta de la derecha.) ¡Maestro! ¡Maestro!

DOCTOR (Avanzando, solemne, y abrazando a Luis.) ¡Perdón! (Mirando a Palmira.) ¡No me engañé! Adivino la tragedia. Me he equivocado. Sabía que la difunta Conchita Cárdenas tenía una gran inteligencia. Anoche, para dar luz al cerebro de la pobre Palmira, hice una transfusión del inanimado cuerpo de aquella infeliz a esta infortunada y... ¡me he equivocado! Ocurrirán cosas extraordinarias... fué de la glándula pineal, y tu sobrina, querido Luis, posee en este momento la memoria y la capacidad afectiva de Conchita Cárdenas.

LUIS ¡¡Maestro!!... Entonces...

DOCTOR Esa mujer ama locamente a ese hombre.

TODOS ¡Oh!

LUIS (Sacando un revólver.) ¡Ah! ¡No!... ¡Muere, desgraciada!... (Le apunta.)

PAL. (Gritando.) ¡¡Ah!! (Cae desmayada. César acude a ella. Los demás sujetan a Luis.)

CÉSAR (Mirando a Palmira con arrobo.) ¡Caray!... ¡Ah, pero es muy bonita! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. Todas las luces de la habitación están encendidas.

(Al levantarse el telón, aparecen los ACTORES en la misma disposición que quedaron al final del acto primero. Tobías corre el tapiz del balcón.)

DOCTOR ¡Calma, calma; suplico mucha calma!

TODOS Pero...

DOCTOR ¡Silencio! (A Tobías.) Oiga: lléguese al sanatorio y que le den el específico que aquí se indica. (Le da un papel.)

TOB. Sí, señor. (Vase Tobías por la izquierda primera puerta.)

PEPE (A Goyantes.) ¿Y usted cree?...

DOCTOR La ciencia tiene siempre un último recurso y no he de desaprovecharlo. Ante todo, conviene que cuando despierte de su letargo, no vea a César.

CÉSAR Sí, sí, que .. (Va a decir chulamente «¡Que te crees tú eso!», y se contiene.)

DOCTOR ¿Eh?

CÉSAR Pero que no es eso.

DOCTOR ¿Cómo?

CÉSAR Nada, nada.

DOCTOR (Enérgico.) ¡No ha de volverle a ver jamás!

LUIS ¡De eso me encargo yo!

CÉSAR (Sin quitar ojo de Palmira.) (¡Al instante!)

DOCTOR Hay que tener mucho cuidado. La pobre difunta tenía una naturaleza débil y enfermiza, pero mujer toda cerebro, era de una capacidad afectiva extraordinaria, y ¡claro está! esa capacidad, ahora, dentro de este

cuerpo vigoroso y saludable, ha de adquirir un impulso irresistible, avasallador, tremendo. Temo una catástrofe cerebral.

LUIS ¡¡Maestro!!...

DOCTOR ¡Perdón mil veces!

TODOS ¡Qué horror!

LUIS (Resignado.) ¡¡Maestro!!...

CÉSAR Claro que puede que yo diga una tontería, pero...

DOCTOR ¿Eh?

CÉSAR Que yo creo que la catástrofe se conjuraría si al despertar me encontrara a su lado rendido y enamoradísimo.

DOCTOR Tal vez...

LUIS ¡Eso jamás! ¡Mi sobrina con ese hombre, nunca!

CÉSAR Señores, yo no puedo colocarme en mejor terreno: estoy dispuesto incluso a casarme con esa mujer. ¿Se puede pedir más al amigo? ¿Se puede exigir más al hombre?

LUIS (Impetuoso y queriendo lanzarse sobre César.) ¡Que se calle o no respondo de mí!

TODOS ¡Luis!

LUIS Mi sobrina es una mujer sana, joven, hermosa, educada en los más severos principios de la moral y de la higiene... ¿Cómo voy yo a consentir que se case con un ser depravado, podrido, infecto?...

CÉSAR ¡Oye, oye, que exageras, Luis, caray!

LUIS (Furioso.) ¡Estás pocho!

CÉSAR (Comiéndose con los ojos a Palmira.) ¡La que está pocha es tu sobrina!

LUIS ¡Le ahogo!...

DOCTOR ¡Calma, por favor! (Dirigiéndose a la »chaisse-longue», donde está tendida Palmira y tomándole el pulso) Ya no tardará en recobrar el conocimiento. (A Luis) Tampoco es conveniente que se encuentre aquí contigo. Su antigua capacidad afectiva, que parece anulada por el injerto, recobraría su poder, y la lucha entre las dos capacidades sería de un resultado funestísimo.

ALF. Yo la auxiliaré....

DOCTOR No: eres un romántico incorregible, y tus palabras exacerbarían los nuevos y vibrantes sentimientos de su corazón... Yo, podría ser; pero prefiero reservar mi intervención para un caso extremo...

RAM. Yo, señores, tengo que marcharme muy pronto...

PEPE Entonces... ¿eh?

DOCTOR Si Pepe quisiera reprimir sus nervios, pudiera quedarse solo con ella, pero hablándola solamente de lo que voy a decirle...

PEPE ¡Venga! ¡Duro! ¡Rápido! ¡Veloz!

LUIS Lo que tú dispongas, maestro.

DOCTOR (A Pepe.) Debe usted llamarla Conchita, siempre Conchita. Hágala creer que ha estado desmayada durante una semana, que César ha fallecido víctima de un accidente cualquiera...

CÉSAR ¡Hombre!...

DOCTOR Y que al morir ha encargado a Luis de la guardia y custodia de su amante de su alma. ¿Estamos? De ese modo, querido Luis, recobrarás a tu sobrina, llevándotela con anuencia de su voluntad a tu casa, de allí pasará nuevamente al sanatorio y yo me encargaré de reformar poco a poco su cerebro y su corazón.

LUIS Perfectamente.

DOCTOR Bueno, pues manos a la obra, porque ya el pulso va recobrando su ritmo habitual.

LUIS (A César, indicándole la segunda puerta de la izquierda.) ¡César!

CÉSAR Voy, hombre, voy. (Haciendo mutis.) (Yo salgo y estropeo la combina y me caso con esa mujer. ¡Me gusta más que el arroz a la valenciana!) (Mutis.)

DOCTOR Vamos nosotros, señores. (Mutis, por la puerta indicada de Goyantes y Ramón.)

LUIS ¡Pepe: tú eres mi amigo!

PEPE ¿Lo dudas?

LUIS Mi sobrina es muy guapa. ¿Refrenarás tus vértigos?

PEPE ¡¡Luis!!

LUIS Es que te conozco.

PEPE ¡Aunque no fuera tu sobrina! ¡Se trata de una pobre enferma! Además, considera que la desgraciada tiene el espíritu de Conchita Cárdenas, que, ¡caray! atizaba cada bofetón que anestesiaba. Vete tranquilo: esa mujer es sagrada para mí.

LUIS (Abrazándole.) ¡Gracias, Pepe!

PEPE (Por Palmira.) ¡Que se mueve! ¡Vete! (Empujándole.) ¡Rápido! ¡Veloz!... ¡Ya! (Vase Luis.)

PAL. (Suspirando levemente.) ¡Ay!...

PEPE (Mirándola con ojos glotones.) ¡Señores, qué cosa más bien acabada! ¡¡Mi madre, y qué mujer!! Bueno, y Luis tiene razón. No se puede consentir que César se lleve esta tontería de rubia. ¡Con lo que a mí me está gustando! ¡Quiá! Esta es para mí.

PAL. (Medio despertando.) ¡Ay!... (Se incorpora.)

PEPE ¡Ya! (Se sienta muy cerca de ella y la coge una mano.) Conchita... (¡Señores, qué preciosidad de mano!...)

PAL. (En un suspiro.) ¿Quién soy?

PEPE (Amorosísimo.) ¿Usted?

PAL. ¿Dónde estoy?

PEPE (Acariciándole la mano.) Aquí.

PAL. (Todavía aletargada.) ¿Quién es usted?

PEPE Yo.

PAL. (Suspirando.) Caballero...

PEPE (Abrazándola por la cintura.) ¡Señorita!...

PAL. (Rechazando ofendida el abrazo.) ¡Caballero!

PEPE (Queriendo abrazarla otra vez.) Señorita... (Y ¡plaf! Palmira le da una bofetada diciéndole: «¡Atrevido!».) (¡Azúcar!) Conchita... (Rascándose el carrillo.) (¡Caray!) Oígame usted. Hace dos semanas que es usted presa de un colapso, y hoy por primera vez, abre usted sus divinos ojos... (Cogiéndole la barbilla.) Conchita...

PAL. (Rechazándole.) Caballero...

PEPE (Insistiendo.) Conchita... (¡Plaf! Segundo bofetón.) Por fin sus desmayados miembros, (Rascándose el carrillo.) van tomando fuerza poco a poco. ¡Por fin vuelve a la vida! ¡Hosanna! (La coge una mano.)

PAL. ¡Suelte! (Se pone de pie.)

PEPE (Queriendo cogerla nuevamente.) ¡Hosanna! (Palmira le da otro bofetón.) Le suplico, señorita, que no me las dé todas en el mismo lado, porque resulta molestísimo. Soy un amigo. Soy el encargado de decir a usted que César ha muerto.

PAL. ¡¡Ah!!

PEPE (Queriendo abalanzarse sobre ella.) ¡No se caiga!

PAL. ¡César, mi César! (Se sienta y se cubre los ojos con las manos.)

PEPE (Separándole las manos muy finamente, tirándole de las puntitas de los meñiques.) No oculte usted con azucenas las brillantes esmeraldas de sus ojos y oígame hasta el fin. (Le retiene las manos.)

PAL. (Dejando hacer.) ¡Qué desgraciada soy! ¡Muerto!
PEPE ¡Víctima de un accidente motosidecarista!
PAL. ¡Qué horror!
PEPE Vivió pocos instantes. Los necesarios para recomendarme que no la abandonara a usted. Me dijo al expirar: «Pepe, amigo mío, quiero que Conchita sea para ti; adórala, di a ella que te ame; es mi última voluntad».
PAL. ¡César!...
PEPE (Abrazándola.) Y yo la adoro a usted, porque la recomendación de un muerto... (Nuevo bofetón.) (¡Caray! Ni con recomendaciones. Goyantes tiene razón: es el espíritu de Conchita, pero en un cuerpo mucho más fuerte. ¡Ya lo creo! Como que me ha dejado las muelas... (Tocándose.) ¡Caramba! Este puente es ya un puente colgante. ¡Ah! Pero no me importa: me gusta, la quiero...) ¡Conchita!...
PAL. ¡El ha muerto y yo debo morir!
PEPE ¡Eso nunca! (Abalanzándose a ella.) Yo la adoro a usted.
PAL. ¡¡No!!
PEPE ¡Sí! (Pretende cogerla una mano.)
PAL. ¡De otro hombre, jamás!
PEPE (Como antes.) ¡¡Sí!!
PAL. (Dándole otra bofetada.) ¡No!
PEPE (Tambaleándose, cae de rodillas.) ¡Señorita: a sus piés!
PAL. (Recriminándole.) Parece mentira que tenga usted cara todavía...
PEPE Eso digo yo.
(CONCHITA CÁRDENAS por la primera puerta de la izquierda.)
CON. Buenas tardes. (Es joven y muy elegante.)
PEPE (Con la boca abierta.) ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Tú?... (Un poco asustado.) ¡No!... ¡No es posible!... ¡¡Conchita Cárdenas !...
PAL. (Extrañadísima.) ¿Cómo?... ¿Es esa?
PEPE Sí... Es decir... No sé. ¡Me arde la frente!... Bueno, claro, me arde de... Pero he de cerciorarme. (Acercándose a Conchita.) Tengo que tocarte para convencerme, porque no sé si eres una mujer o un vapor de mi fantasía. (La palpa.)
CON. (Arreándole un cachete.) ¡Las manos quietas!...
PEPE Sí: eres tú. (A Palmira.) Entonces, señorita,

quiere decir que yo he hecho el canelo, (Palmira baja los ojos.) y que lo del suicidio de ésta, ha sido una jocosidad para tomarnos el mechón a César y a mí.

CON. ¿Pero han dicho que yo me he suicidao? ¡Ay, qué ricos!

PEPE (A Pálmira, muy serio.) Me extraña mucho, señorita, que tratándose de una broma, me haya usted abofeteado de verdad.

PAL. Luego hablaremos usted y yo, caballero; ahora tengo que interrogar a esta mujer.

CON. ¿A mí? ¿Tiene usted ese derecho?

PAL. Tengo ese capricho y basta.

CON. ¡Jajay!

PAL. A usted, si no me han engañado, le han dado anoche cuatro mil pesetas para que se marchase a San Sebastián. ¿Es cierto?

CON. Ciertísimo.

PAL. Mi tío Luis le ha prestado a usted su automóvil porque decía usted que ese era el medio de locomoción que deseaba emplear. ¿Es cierto también?

CON. Ciertísimo.

PAL. Entonces, ¿quiere usted decirme a qué viene a esta casa?

CON. (Sentándose tranquilamente.) Pues vengo a ver qué hace usted en ella.

PEPE (¡Caray!)

CON. Porque, hija mía, yo de tonta no tengo ni una hebra.

PAL. No comprendo.

CON. Mire usted, a mí me dijeron que me fuera a San Sebastián porque querían darle a César una broma para castigarle por no sé qué cosas que había dicho del doctor Goyantes y de usted. Pero luego he sabido que la idea de la broma era de usted, y que a la larga la embromada iba a ser yo, y a mí martingalas, no, joven.

PEPE A ver, Conchita, explícate, rápida...

CON. Tú te callas.

PAL. Le repito que no comprendo...

CON. Vamos, no se haga usted la nueva, aunque por tablas estoy muy bien enterada. Usted tiene una doncella, la doncella un novio, el novio un primo, el primo una amiga, la amiga una tía y la tía es mi cocinera. Como el mundo es redondo, las noticias dan la

vuelta... y ya usted me entiende. Usted ha ideado esta bromita porque a usted le gusta César Malvedo.

PAL. Eso...

CON. (Sin dejarla hablar.) Porque a usted le gusta César Malvedo; y a mí, a Conchita Cárdenas, que es en el mundo galante una pura sangre, no le quita el novio ninguna *parvenú*.

PEPE Bueno, bueno; yo creo que... (Ataraza a Palmira.)

PAL. (Dándole un bofetón.) ¡Usted se calla! (A Conchita.) De manera que usted dice...

CON. Que no, hija, que no; que desbancarme a mí es muy difícil. Tiene muy retorcido el colmillo él, muy poquita picardía usted y mucha vista yo. Mezcle usted las tres cosas y el todo ¡miau!

PAL. Pues vamos a verlo.

PEPE ¿Eh?

CON. ¿Me desafía usted?

PAL. Sí, señora. Me ha herido usted el amor propio y yo soy así.

CON. ¡Caramba!

PAL. Me gusta César, es verdad. Todo esto lo he hecho para que se fije en mí, es cierto. Tenía que llegar el día en que las mujeres decentes pretendiéramos al hombre que nos gustase y ya ha llegado. Alguna tenía que ser la primera. Yo lo soy con muchísimo gusto. ¿Qué pasa?

PEPE (Por Palmira.) (¡Dios mío, qué mujer!)

CON. Pues tenga usted mucho cuidado.

PAL. Eso mismo le digo yo a usted.

PEPE (Estas se pegan.) (Mediando.) Bueno, vamos a ver...

PAL. (A Pepe) ¡Quite usted! (Bofetón.)

CON. (Idem.) Tú a lo tuyo. (Bofetón.)

PEPE Es que lo mío es esto.

PAL. ¿Cómo?

PEPE (Aparte a Palmira.) Haga usted el favor de dejarme solo con ella.

PAL. Pero...

PEPE Yo le dejaré a usted el campo libre; es cuestión de dinero.

PAL. Es que...

PEPE No hay tiempo que perder. Venga usted: rápida, veloz. (A Conchita.) Espérame. (A Palmira,

obligándola a hacer mutis por la derecha.) Son dos minutos: venga usted.

PAL. (A Conchita, con cierta chunga.) He tenido tantísimo gusto.

CON. (Idem.) El gusto ha sido el mío. (Mutis de Palmira y de Pepe.) ¡Sí, sí! Como que voy yo a perder esta mina. ¡Estás tu fresca!

PEPE (Entrando de nuevo en escena y cerrando la puerta.) La he dejado en el despacho de César.

CON. Pero escucha, tú...

PEPE ¡Conchita de mi alma! Esa mujer me ha vuelto loco.

CON. ¡Bah!

PEPE Y lo peor es que a César le ha trastornado también el juicio.

CON. ¿Eh?

PEPE Pero, ¡ah! No será para él, no. Mi venganza será tu triunfo. ¡Aliémonos! A ti te han tomao el pelo y a mí las plumas, porque yo he hecho el indio bien... ¡pero bien! Nuestra causa es la misma. ¡Venganza!

CON. ¿Pero qué dices? ¡Cálmate!

PEPE No puedo. ¡Claro! ¡Qué canallas!... Porque esto no es más que una martingala de Luis, ideado por la sobrinita, llevado a la práctica por el Doctor, que desea castigar a César, y con el visto bueno de Alfonso Caborana, que va a lo suyo.

CON. Pero...

PEPE ¡Naturalmente! Ellos se dijeron: ¡Ya! ¡Rápido! ¡Veloz! Esto cuaja y la sobrina se lleva a César, el médico se lleva la satisfacción de su venganza, Luis se lleva el éxito del plan, Alfonso se lleva a Conchita y yo... ¡yo me llevo las bofetadas! ¡Muy bonito! (Se pega un bofetón que se enciende el pelo.) ¡Idiota!

CON. ¡Pepe!

PEPE Pero no. ¡Quiá! Esa no se casa con César. Esa se casa conmigo. Porque, ya verás... ¡Sí!

CON. ¿Eh?

PEPE ¡Claro!

CON. (Desesperada.) ¿Pero, qué?

PEPE No chilles. Mira: voy a decirle a César que esa no es la sobrina de Luis, sino Paquita López, una actriz del teatro de la Latina, que se ha prestado a hacer este papel por cien pesetas.

CON. ¡Sí!

PEPE De ese modo, él, claro, no tratándose de la sobrina de Luis... ¿qué ilusión le va a producir, eh?

CON. Naturalmente.

PEPE Por lo que toca a tu suicidio... Ellos te suponen en automóvil, camino de San Sebastián, ¿no?

CON. Sí.

PEPE Pues voy a decir que antes de llegar a Valladolid te has descacharrado.

CON. ¡Hombre!

PEPE Ya verás, con lo supersticiosos que son Luis y Goyantes...

CON. Bueno, pero...

PEPE Vete a la salita que hay junto al recibimiento y cuando veas a Luis o al Doctor o a Caborana, los asustas.

CON. ¿Cómo?

PEPE Allá tú. Te presentas a ellos como un fantasma del otro mundo. (Ríe Conchita.) No alborotes.

CON. Es que estoy pensando que lo más gracioso sería que me subiera en el arcón del recibimiento y, medio oculta por el tapiz, adoptara una postura de estátua... Ya verás... (Se sube sobre la mesa.) Fíjate en mi cara.

PEPE (Viendo que alguien se acerca.) ¡Atiza! (Se oculta tras el sofá.)

CÉSAR (Entrando en escena por la segunda puerta de la izquierda.) (Con el achaque de que voy a vestirme...) (Al ver a Conchita queda en una pieza.) ¡¡Ah!!

PEPE (A César.) ¡Calla!

CÉSAR ¿Pero?...

CON. (Con voz de ultratumba.) ¡César!

PEPE (A César.) ¡No la pringues! Está viva y sana. Tócala como yo. (La ayuda a bajar.)

CON. (A Pepe.) ¡Que te la vas a ganar! (Baja de la mesa.)

PEPE (Palpándola.) ¿Ves? ¡Carne y hueso!

CON. ¡Toma! (El bofetón es un cañonazo.)

CÉSAR ¿Entonces?... ¿La otra?... ¡La idea!.. ¡La inyección!...

PEPE Martingalas. No es sobrina de Luis.

CÉSAR ¿Eh? ¡Ah, canallas!

PEPE Es una actriz de la Latina; una tal Paquita López.

CÉSAR ¡Qué lástima! Con lo que a mí me gusta.

CON. ¡Hombre!

CÉSAR Sí, me gusta, me gusta. ¡Qué pena! La única mujer que había logrado despertar mi corazón.

CON. Cállate o te tiro algo.

CÉSAR ¡Paquita López! ¡Una cualquiera! ¡Todo mentira! ¡Con lo orgulloso que me tenía su cariño patológico!... ¡Ah! Pero esos sinvergüenzas me las pagan.

PEPE Y a mí. A eso vamos. Mira, como a esta la suponen en automóvil camino del Norte, es preciso que crean que la pobre se ha matado al llegar a Valladolid.

CÉSAR Bueno, pero eso... cómo... ¡Qué lástima!

PEPE Tú déjame a mí. Entra, y de pronto pegas un grito y dices que acabas de ver a Conchita en un cuadro, en un portier o en un espejo.

CÉSAR Sí (¡Tan bonita que es!)

PEPE Lo demás corre de mi cuenta.

CÉSAR (Aparte a Pepe.) En cuanto a Paquita López...

PEPE Esa corre de mi cuenta también.

CÉSAR ¡Quiá! A mí me gusta y sea o no la sobrina...

PEPE ¡César!

CÉSAR ¿Dónde está?

PEPE La metí en tu despacho para que ésta no la arañase...

CÉSAR Déjala allí, que yo luego...

PEPE ¡Y un jamón!

CÉSAR ¿Qué?

PEPE Nada, a lo tuyo. ¡Rápido! ¡Veloz!

CÉSAR Voy. Te doy mi palabra de que los asusto. (Se va por la izquierda segunda puerta diciendo:) (¡Qué lástima! Pero no importa. ¡Es tan bonita!...) (Mutis.)

CON. Lo que le ha gustado la rubia, tú.

PEPE ¿Has visto?

CON. Nada, que si no vengo me desbanca esa niña.

PEPE No temas, estoy aquí yo. Bueno, anda, a lo tuyo, que creo que viene alguien. ¡Rápida!

CON. Voy. (Se va por la primera puerta de la izquierda.)

PEPE (Mirando a la segunda puerta de la izquierda.) ¿Quién viene? ¡Ah! Ramón. Este me va a servir.

RAM. (Entrando en escena.) Chico, ¿qué haces aquí solo? ¿Y esa?

PEPE (Abrazándole.) ¡Ramón del alma mía!

RAM. ¿Eh?

PEPE (Afirmando.) ¡Del alma mía! (Volviéndole a abrazar.) ¡Ramón!

RAM. ¿Qué te pasa?

PEPE ¿Sabes quién está aquí? ¡Conchita Cárdenas!

RAM. ¡Demonio, qué complicación! Espera, voy a avisar a...

PEPE (Sujetándole.) ¡Ah, canalla! ¿También estabas tú en el ajo?

RAM. ¿Y tú no? ¡Caramba!

PEPE (Remedándole.) ¡Caramba!... ¡Te daba así!...

RAM. Hombre, yo me he prestado porque a mí estos caracteres femeninos, como el de la sobrina de Luis, me entusiasman. Bueno, es que está educada en Londres. Así debe ser la mujer moderna. Valentía, energía, decisión. ¡Mueran los convencionalismos sociales! ¡Estoy por lo británico!

PEPE Sí, pero yo me he educado en Madrid, me he ganado unos bofetones espantosos y estoy por lo castizo. Ojo por ojo.

RAM. Bien: tú allá. Hasta luego, es mi hora y me voy.

PEPE ¿Dónde vas?

RAM. ¿A qué espectáculo quieres tú que vaya un «pollo bien», sin un real, a las ocho y media de la noche? ¡A la Carrera de San Jerónimo! Es mi campo de operaciones. Chico, soy feroz: acoquino a las tobilleras, ruborisqueo a las veintiañescas y recalcitro a las quintañonas. Soy feroz.

PEPE ¿Tú quieres quinientas pesetas?

RAM. Hombre, hace seis años que tengo ese deseo. ¿Qué hay que hacer?

PEPE Por ahora, nada. Vete al acoquineo, al ruborisqueo y al recalcitreo, pero dentro de un rato vuelves, y con voz trémula, di que has leído en los transparentes de los periódicos que el auto en que iba a San Sebastián Conchita Cárdenas, al llegar a Valladolid, se ha estrellado contra un guardacantón y ha quedado el auto y sus ocupantes como una goma de mascar a los diez minutos de uso.

RAM. Me gusta, me gusta; estoy por lo británico.

PEPE Pues arrea. (Le empuja.)

RAM. ¿Me puedes adelantar?...

PEPE Te puedo adelantar que nos vamos a reir un rato. ¡Hala!

RAM. (Haciendo mutis.) Ritorno súbito. ¡Al rigt! (Tropezando con TOBIAS que entra.) ¡Pardón! (Vase.)

TOB. ¡Vaya con Dios el Capitán Sentellas!

PEPE (Atarazando a Tobías.) Tobías.

TOB. Señorito.

PEPE Tengo diez duros para ti.

TOB. Pues los va usté a tener muy poquito tiempo.

PEPE Te los doy si haces lo que voy a decirte.

TOB. Por diez duros hago yo encaje de bolillos con los dientes.

PEPE Vienes del sanatorio, ¿no? Pues entra con la medicina y di que has leído en los transparentes de los periódicos que Conchita Cárdenas ha muerto de un accidente de automóvil, cerca de Valladolid.

TOB Si aumenta usté un durito, digo que ya le han hecho la aurtosia.

PEPE No hace falta. Corre.

TOB. Vuelo.

PEPE (Reteniéndole.) ¡A ver con qué cara lo dices!

TOB. (Haciendo visajes trágicos.) ¿Sirve ésta?

PEPE Sirve.

TOB. Dos pesetas más y lloro.

PEPE ¡Hala, hala! (Se va Tobías por la segunda puerta de la izquierda.) Bueno, y ahora el que va a reirse soy yo.

PAL. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.) Oiga usted: que ya me he cansado de registrar todo lo que hay en el despacho.

PEPE Puede usted salir. Afortunadamente está todo arreglado.

PAL. ¿Eh?

PEPE Conchita Cárdenas, convencida por mí, se ha marchado. El campo es de usted, puede usted continuar la farsa.

PAL. Perfectamente.

PEPE Ahora, que dudo del resultado que pueda usted obtener.

PAL. ¿Y eso?

PEPE (Afectando gran indignación.) Ese estúpido de César ha estado aquí hace un momento y... ¡había para matarlo!

PAL. ¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha dicho?

PEPE Nada; que yo, siguiendo la broma, le dije que usted había vuelto a la vida y que estaba en la *chaise-longue* del despacho, así como

traspuesta. Y cuando yo esperaba que él dijese: «¡Huy!... ¡Ay!... ¡Jin!... ¡Qué rica!» Va y me suelta: «Hombre, a ver cómo me quitas de encima esa tabarra.»

PAL. ¿Eh?

PEPE ¡Es de un egoísmo y de una frialdad!... Y es que está muy gastado. Claro que tiene años, muchos años, muchísimos años; pero, caramba, no tiene edad para estar tan destruído: porque es que se cae a pedazos. Hace un instante le dió un golpe de tos... ¡El pobre se agarraba a los muebles!... ¡Me daba una pena! Y es que está... asmático; mejor dicho... ético. Yo le he dicho que se cuide esa tos, no le vaya a dar una congestión como todos los años, porque ya se sabe, en este tiempo, la congestión. ¡Como padece de angina de pecho!

PAL. (Escamada.) ¿También?

PEPE (¡He exagerado mucho!)

PAL. (Con chunga.) Yo creí que padecía del estómago.

PEPE Sí; pero está mejor, mucho mejor. Del estómago se ha curado. Bueno, la culpa de todas sus enfermedades la tienen las morenas. Porque las morenas son su tipo. Esas morenillas flacuchas, verdosillas... ¡Oh! Cuántas veces me tiene dicho a mí: «Pepillo, las rubias para... para cantar el *Fausto* o las *Walkirias*.» (Ríe.) Es muy ocurrente.

PAL. ¿Entonces cree usted que yo?...

PEPE ¿Usted? (Acercándose a ella y comiéndosela con los ojos.) Usted, Palmira de mi alma, no ha nacido para un tío tan feo. (La abraza.)

PAL. ¡Caballero! (Le atiza un guantazo que se oye en Mairena.)

LUIS (Que entra en escena por la izquierda, segunda puerta.) ¡Pepe!

PEPE (Saltando.) (¡Atiza!) Perdona, chico, pero...

LUIS Eres un sinvergüenza.

PEPE Es que...

LUIS ¡Déjanos! Ya hablaremos.

PEPE Te repito que...

LUIS ¡Déjanos!

PEPE (Haciendo mutis por la izquierda, segunda puerta.) (César y esta tienen ya su puñaladita. Vamos a ver si los otros...) (Mutis.)

PAL. (Sentándose, muy preocupada.) (Este sinvergüenza

ha exagerado... ¿Pero será verdad que no le gusto?...)

LUIS (Afectadísimo.) (¡Pobre Conchita Cárdenas! Caray, no se puede jugar con la muerte. ¡Y me eché yo a reir cuando César dió un grito y nos dijo que la había visto en el espejo del comedor! ¡Pobrecilla! El pobre Alfonso está que se ahoga, y Goyantes, no hablemos; como es tan gitano para estas cosas... Lo mejor es marcharse y dar la broma por terminada. No tengo yo gusto para esto. ¡Pobre Conchita! No le diré nada a Palmira para no impresionarla.) (Acercándose a Palmira.) Niña.

PAL. Qué.

LUIS Vámonos.

PAL. ¿Adónde?

LUIS A casa.

PAL. ¡Quiá!

LUIS ¿Eh?

PAL. Yo, sin hablar con César y sin convencerme de .. de lo que me importa, no me voy.

LUIS ¿Pero qué te importa a ti, César?...

PAL. Más de lo que tú te figuras, tío Luis.

LUIS ¿Cómo?

PAL. ¿O es que te crees tú que he ideado yo esta broma para pasar el rato? No, hijo. A mí me gusta César, ¿lo oyes bien? Me gusta César y no me voy de aquí sin tener con él una explicación.

LUIS ¡Pero, desgraciada!...

PAL. No te pongas tonto porque no pienso hacer más que mi santa voluntad.

LUIS Yo sabré obligarte a obedecerme.

PAL. ¿Cómo?

LUIS Voy a hablar por teléfono con tu madre.

PAL. ¡Bueno!

LUIS Ella vendrá por ti.

PAL. Bien.

LUIS ¡Palmira!

PAL. Te repito que no me voy.

LUIS ¡Aguarda! (Se va por la primera puerta de la izquierda.)

PAL. Sin hablar con él no me voy... ¡No me voy! ¿Dónde estará?... Porque como él sigue creyendo en lo del suicidio de la otra, puedo, con el achaque de la inyección...

LUIS (Más muerto que vivo entra en escena y se deja caer

en un sillón.) ¡Ay!... ¡La he visto!... ¡La he visto!...

PAL. (Acudiendo a él.) ¡Tío!

LUIS ¡Palmira!... ¡La he visto y me ha mirado!

PAL. Pero, ¿quién?

LUIS ¡Ella! ..

ALF. (Por la izquierda, segunda puerta, con PEPE. Viene afectadísimo.) No; espera: voy a poner un telegrama al Gobernador de Valladolid. Necesito detalles.

LUIS (Levantándose y abrazando a Alfonso nerviosísimo.) ¡Alfonso!...

ALF. Déjame, voy a poner un telegrama... ¡Pobre Concha!... (Se va por la izquierda, primera puerta.)

LUIS (Abrazando a Pepe.) ¡Pepe!...

PAL. ¿Pero qué pasa?

LUIS (A Palmira.) Nada, nada... (A Pepe.) ¡La he visto, Pepe de mi alma!

PEPE ¿A quién has visto?

LUIS A Conchita Cárdenas.

PEPE ¿Tú también? ¡Vamos, hombre! ¡Qué locura!...

(Suena dentro un grito de Alfonso, seguido de un estrépito.)

PAL. ¿Eh?

PEPE ¡Atiza!

LUIS ¡¡La ha visto!!

ALF. (Entrando lívido, descompuesto, desencajado, tirando muebles.) ¡Agua!... ¡Un poco de agua!...

LUIS (Sujetándole.) ¡Alfonso!... (Al ver que se desploma.) ¡Ayúdame, Pepe!

PEPE ¡Caray! (Llamando.) ¡César!... ¡Tobías!...

PAL. ¡Dios mío! ¿Pero qué es lo que sucede?

LUIS Más vale que no lo sepas.

TOB. (Por la izquierda, segunda puerta.) ¿Qué ocurre?

PEPE Ayúdame.

LUIS ¿Y mi maestro?

TOB. Su maestro de usted tiene un ataque de nervios como pa él solo.

PEPE Vamos a llevarle al comedor.

CÉSAR (Por la izquierda, segunda puerta.) ¡Luis, que Goyantes está alteradísimo y dándole patadas a los muebles!

LUIS Voy, voy. (Se va por la izquierda, segunda puerta, diciendo:) (Sí que la bromita de la inyección nos va a costar una enfermedad) (Mutis.)

PEPE (Con Tobías, transportando a Alfonso.) Vamos, Alfonso, vamos.

ALF. (Como delirando.) ¡Estaba en la pared!... ¡Sobre el arcón!... ¡Ay!...

PEPE (Guiñando a César.) ¡La ha visto también!...

CÉSAR ¡Qué horror!... (¡Anda, toma glándula pineal!)

(Se van por la izquierda Pepe, Alfonso y Tobías.)

PAL. (Sí: le ha guiñado a César. Será alguna nueva broma... (Sentándose de espaldas a César.) Me haré la displicente; como si no le hubiera visto...)

CÉSAR (Por Palmira.) (¡Paquita López!... ¡Una comedianta!... ¡Pero es muy bonita! Claro que yo no hago el «pagüés» ni aquí ni en Sebastopol, y la voy a tratar con un despego, que si me ve el casto José, me nombra su secretario particular. ¡Ay, corazón! ¡Obedéceme!)

PAL. (No se acerca. ¿Será verdad que no le gusto?)

CÉSAR (¿Pero estaré enamorado de verdad? ¿Yo?) ¿César? (Llamándose él mismo como si estuviera dormido.) ¡César! ¡Caray, César! ¡Tú! (Dándose cariñosas palmaditas en la cara.) Vamos, César, no seas tonto.. Vaya, ya pasó; no ha sido nada... (Palmira le mira amorosamente.) ¡Pero es muy bonita!... (Volviendo a los cachetes.) Calla, tonto, calla. (Amenazándose.) ¡Te daba así!...) (Se sienta de espaldas a Palmira y coge un periódico de la mesa.)

PAL. (Levantándose.) (¿Eh? ¿Pero es que no le gusto? ¡Eso lo vamos a ver!..) (Se dirige a César resueltamente y le tapa los ojos con las manos.) ¿Quién soy?

CÉSAR (Separándose las manos de Palmira de sus ojos.) Haga el favor de no embromarme más, señorita.

PAL. ¡Huy, qué tono!

CÉSAR Bueno, pues perdone la tonalidad y no me subleve.

PAL. ¡César! ¿Qué es eso? ¿Qué cara pones? ¡Ay, qué cara! ¡Jesús, qué horror! ¡Ay, que me das miedo!

CÉSAR (Pasando del gesto feroz a la más complaciente de las muecas.) ¡Pero es muy bonita!

PAL. ¡Ay, gracias a Dios! (Sentándose a su lado.) ¡Huy qué monada de hombre!

CÉSAR (¡César!) (Rechazándola suavemente.) Vamos, vamos...

PAL. César: a ti te pasa algo. ¡Por Dios, no me intrigues! (Muy mimosa.) ¡Dímelo, sol!

CÉSAR (Reponiéndose.) (¡César!) Pchs, nada... te ase-

guro que no... Aquí, que estaba leyendo la noticia de un crimen... y es muy desagradable...

PAL. (Arrebatándole bruscamente el periódico.) ¿Ves? ¡Lo de siempre! ¡Tienes un corazón tan impresionable!... ¿Cuántas veces te he dicho que eso de leer crímenes es cosa de porteras? (Se entretiene en hacer con el periódico un sombrero de dos picos.)

CÉSAR (¡Señores, qué cinismo de mujer! Porque no todas las cómicas son capaces de hacer esta farsa sin apuntador. Esta es cómica y cínica. ¡Si no fuera tan bonita!...)

PAL. (Muy melosa, venciendo con su melosismo la fingida resistencia de César, que babea de emoción.) Te advierto que estoy dispuesta a no separarme de tu lado jamás. ¡Nunca, César de mi alma, nunca! ¡Venga quien venga y opóngase quien se oponga! Tenemos muchos enemigos, César, pero no te importe: ganaremos la batalla. Ea. (Poniéndole el sombrero de papel, retirándose, riendo, dos pasos, y saludándole militarmente.) ¡A la orden, mi general! ¿Manda algo Vuecencia?

CÉSAR (Bueno: es que está para comérsela y sea quien sea, ¿qué más da? ¡Me gusta!) Baje usted esa mano. (Obedece Palmira.) Vea ahora si nos acecha algún espía.

PAL. (Después de mirar por todas las puertas.) ¡Tranquilidad completa!

CÉSAR (Ahuecando la voz y en son de mando, a la vez que figura retorcerse los amplios bigotes.) ¡Pues venga un abrazo de los que laminan!

PAL. Esos hay que ganarlos, mi general.

CÉSAR ¿Cómo se entiende? ¡Cuádrese el recluta! Dos pasos al frente y a la voz de ¡tres!... ¡Arrójese! (Abre los brazos.) ¡Venga! ¡Uno! ¡Dos! ¡¡Tres!!

PAL. ¡Quiá!

CÉSAR (Quitándose el sombrero a manotones.) Pero, ¿qué es esto? ¿Es que va usted a jugar conmigo? ¿Conmigo? ¿Con César Malvedo?

PAL. (Un poco asustada.) ¡Ay!

CÉSAR (Conteniéndose.) Usted me perdone, señorita. No he sabido contenerme. Es que me gusta usted y... tanta broma, no..

PAL. (Arrojándose a sus brazos.) ¿Eh? ¿Que te gusto?... Pero... ¿de verdad?

CÉSAR Sí. ¿A qué negarlo? Y tendré un gran placer en contarla entre el número de mis amigas.

PAL. (Muy dulce.) Eso sí que no. Yo... ¡sola! ¿Verdad que sí? (Más mimosa que nunca.) ¡Solita!

CÉSAR (Dejándose acariciar.) ¡Acaparadora!

PAL. (Acariciandole más.) ¡Orangutancito!...

CÉSAR Bueno, bueno; hablemos con formalidad, porque puede que nos entendamos.

PAL. ¿Eh?

CÉSAR Pero sin comedias. Ya sé que el suicidio de Conchita Cárdenas es una chufla y que no hay tal inyección ni tal glándula pineal.

PAL. (Asombrada.) ¿Eh? ¿Pero?... ¡Ay!

CÉSAR Sí, y como usted me gusta de verdad, pues vamos a hablar seriamente.

PAL. (Completamente en serio.) No deseaba otra cosa, señor Malvedo: le soy franca.

CÉSAR Así me gusta. Vamos a ver: ¿qué familia tiene usted?

PAL. ¿Cómo?

CÉSAR Yo estoy muy baqueteado; me han explotado muchísimo y sé lo que son los primos y los... sobrinitos y las tiítas.

PAL. Pues yo no tengo más familia que mi madre y mi tío Luis.

CÉSAR ¿Qué tío Luis?

PAL. Luis Acosta: su amigo de usted.

CÉSAR ¡Ah! ¿Pero es que volvemos a las andadas?

PAL. ¿Cómo?

CÉSAR Le repito que estoy al cabo de la calle, Paquita.

PAL. ¿Paquita?

CÉSAR Mire usted: yo parezco un poco tonto, pero de tonto no tengo ni una partícula. Sé que es usted Paquita López, actriz del teatro de La Latina.

PAL. ¿Quién le ha dicho a usted eso, señor Malvedo?

CÉSAR Pepe Vértigos.

PAL. ¡Ah, vamos! El mismo que me ha dicho a mí que no le gusto a usted y que usted no debe gustarme a mí porque está usted asmático, ético y anginoso.

CÉSAR ¡Paquita!

PAL. Basta de farsa, César. Soy Palmira Villadangos, la sobrina de Luis. (Viendo que César no lo cree.) ¡Se lo juro!

CÉSAR Es que...

PAL. Ese Pepe Vértigos es un fresco. Antes ha querido aprovecharse creyéndome... inyectada, y ahora, sin duda, para separarnos, ha ideado esta bonita combinación.

CÉSAR Es posible.

PAL. Pero a mí no me separa de usted nadie.

CÉSAR ¿Eh?

PAL. Yo he urdido esta broma porque... lo digo con sonrojo, pero lo digo: porque deseaba acercarme a usted. Cada una es como es y yo soy así.

CÉSAR Señorita...

PAL. Y yo me caso con usted o me despeino ahora mismo y salgo pegando alaridos por la calle de Alcalá.

CÉSAR Y yo me caso con usted o me corto el cuello.

PAL. ¿Cuándo?

CÉSAR Cuando me convenza de que es usted la sobrina de Luis. Y voy a convencerme ahora mismo.

PAL. ¿Cómo?

CÉSAR (Haciendo sonar un timbre.) Haga usted el favor de pasar a mi despacho.

PAL. ¿Pero?...

CÉSAR Se lo suplico, señorita.

PAL. Sea. (Entra en la habitación, que se supone a la derecha, y César cierra la puerta con llave y se guarda ésta.) ¿Pero me va usted a encerrar?

CÉSAR Y me guardo la llave. Es un momento.

TOB. (Por la segunda puerta de la izquierda.) ¿Señor?

CÉSAR Tobías: entra en el comedor, y como el que no quiere la cosa, di a todos que me has visto muy amartelado con... Paquita López y que me he encerrado con ella en mi despacho.

TOB. Está muy bien. A ver si se enteran, porque están los pobres... El médico, sobre todo, es que me da lástima. ¡Vaya un tío nervioso!

CÉSAR Anda, anda...

TOB. Sí, señor. (Mutis.)

CÉSAR Observaré desde allí... (Se dirige a la primera puerta de la izquierda.)

CON. (Entrando en escena por dicha puerta.) Escucha, tú: que yo me he cansao de hacer el burro en el recibimiento.

CÉSAR ¡Chits! Calla, ven conmigo.

CON. Pero...

CÉSAR Ven conmigo. (Hacen mutis los dos por la puerta indicada. Gran revuelo dentro y entran precipitadamente en escena LUIS, PEPE, ALFONSO, GOYANTES y TOBÍAS. Goyantes viene despeinado, con la barba desarreglada, la corbata en el cogote y no para de hacer visajes: está como loco.)

LUIS ¡Dios mío!

ALF. ¡Qué horror!

PEPE ¡Yo tengo la culpa, por haberle dicho que era Paquita López!

LUIS ¡¡Miserable!!... (Aporreando la puerta de la derecha.) ¡César! ¡César!...

PEPE ¡César! ¡Abre!...

LUIS ¡Que es mi sobrina!...

DOCTOR Es la última broma que doy.

LUIS ¡César, mi honra!... ¡Ah!... ¡Tengo que pegarme un tiro!

DOCTOR ¡Luis!

LUIS ¡Pero antes mataré a los dos!

ALF. ¡Qué broma tan trágica!

PEPE ¡Hay que derribar la puerta!...

LUIS Maestro, por caridad: un cerrajero, corra usted...

DOCTOR Voy... ¡Ay!... (Saltando.) No sé lo que...

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha CONCHITA CÁRDENAS y CÉSAR. Todos sofocan un grito. Goyantes queda con los brazos abiertos, como para morirse; acude TOBIAS a él y le da una bofetada a Tobías que lo tumba.)

TOB. ¡Eh! Que yo no he sido. La broma ha sido del señorito Pepe.

PEPE Donde las dan las toman.

ALF. Pues toma. (Le da a Pepe un bofetón.)

PEPE ¡¡Alfonso!!

ALF. (Abrazando a Conchita.) ¡Viva! ¡Viva!...

LUIS (Dirigiéndose amenazador a César.) ¡¡César!!

CÉSAR ¿Le vas a pegar a tu sobrino?

TODOS ¿Eh?

CÉSAR (Abriendo la puerta de la derecha.) Perdona la martingala, querido Luis, pero quería convencerme de que esta señorita era tu sobrina.

PAL. (Entrando en escena.) ¡César!

CÉSAR Señorita: no tiene usted que despeinarse ni que pegar alaridos por ahí. Nos casaremos cuando Luis disponga. ¡Es usted muy bonita!

PAL. (Suplicante.) ¡Tío!...

LUIS (De muy mal humor.) Anda y cásate cuando te dé la gana. Pues buena es la niña para ponerle cortapisas. (A César.) ¡La tonta!

PAL. (A Conchita, dándole el remoquete.) ¿Está usted viendo?

CON. (Por Alfonso.) ¿Y a mí qué? ¡Yo salgo ganando!...

DOCTOR Bueno, y se acabaron las bromas, ¿eh?

PEPE ¡Maldita sea!... ¡Para bromitas estoy yo!

TOB. (Rascándose el carrillo.) Y yo.

LUIS Hombre, daría yo un riñón porque viniera ahora alguno con una bromita o con una martingalita.

RAM. (Entrando por la derecha con una cara muy triste.) ¡César!... (No ve a Conchita Cárdenas. Abrazando a César muy conmovido.) ¡César!... ¡Qué espanto! ¡Qué horror!...

TODOS ¿Eh?

RAM. ¡Qué tragedia!...

PAL. ¡Dios mío!

RAM. ¡Vengo muerto!

LUIS Pero, ¿qué pasa? ¡Habla de una vez!...

RAM. Acabo de leer los periódicos y... ¡dadme un poco de agua!

LUIS ¡Acaba, porras!

RAM. ¡Conchita Cárdenas se ha estrellado en Valladolid contra un guardacantón!

LUIS ¡Maldita sea!... (Le da un empujón.)

(Todos los demás, incluso Conchita Cárdenas, le tiran cojines, ceniceros, libros y cuantos objetos arrojadizos hay en escena. Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Cuarta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

El balcón, juguete cómico.

Lola, diálogo.

Tal para cual, juguete cómico.

La primera lección, monólogo.

Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Los Florete, juguete cómico.

El sino perro, entremés.

El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.

Boceto al óleo, juguete cómico.

Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.

La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.

La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.

A la lunita clara, entremés.

A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.

El gordo en Sevilla, sainete.

Para pescar un novio... paso de comedia.

El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.

La fuerza de un querer, comedia en un acto.

¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.

La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

Los rifeños, entremés en prosa.

El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: TRES pesetas